

Carta abierta

POLÍTICA Y DEPORTE

La celebración de los antiguos juegos en la Grecia del siglo VII a.C., suponía la interrupción de los conflictos bélicos y políticos entre las diferentes ciudades-estado. Igualmente, es interesante resaltar la utilización política que se hacía en la antigua Roma de los espectáculos de luchas de gladiadores, o las carreras de carros. No obstante, más recientemente, la vinculación entre política y deporte se ha producido con demasiada frecuencia a lo largo del siglo XX; especialmente a partir de los Juegos Olímpicos Modernos (1986), siendo su principal exponente las Olimpiadas de Berlín en 1936, utilizadas como propaganda del nazismo para demostrar la capacidad organizativa alemana y la superioridad de la raza aria. Pero no fueron los únicos, puesto que han sido numerosos los ejemplos de utilización del deporte para conseguir diferentes objetivos políticos.

Hoy en día, las entidades e instituciones deportivas, así como los propios deportistas, son conscientes de su impacto mediático. Motivo por el que gestionan su imagen pública previamente, midiendo cada palabra de sus mensajes y actos, porque en caso contrario, suelen producirse incidentes polémicos que podrían poner en riesgo su reputación. Un caso reciente bien notorio lo tenemos en las manifestaciones y actos del ex-entrenador barcelonista Pep Guardiola. Ello provoca que, en su mayoría, se mantengan actitudes neutras respecto a muchas ideas y especialmente las políticas. Sin embargo, habría que preguntarse sobre las posibles consecuencias y eficacia de la implicación política de los deportistas para poder contribuir de forma significativa a la consecución de un fin político, lo cual no termina de estar suficientemente demostrado, según numerosos sociólogos.

Según comentaba Gerald Ford en 1974: “¿Nos hemos dado cuenta de lo importante que es competir exitosamente con otras naciones?... No conozco de una mejor propaganda que una representación de deportistas saludables...porque un triunfo en el deporte puede elevar el espíritu de una nación, tanto como una victoria en el campo de batalla” (Thoma y Chalip, 2003, 160).

El deporte se ha utilizado y se sigue utilizando en el ámbito político de numerosas maneras: para construir el prestigio de una nación, para comparar ideologías, fortalecer la autoestima nacional, establecer relaciones diplomáticas, hacer trabajos de inteligencia. El clamor de que el deporte es independiente de la política, ha realzado su valor como un instrumento o herramienta política.

Tras las decisiones deportivas que adoptan las administraciones públicas, siempre hay y debe haber una ideología política. El pensar en separar política y deporte, resulta poco menos que utópico, aunque muy deseable, puesto que el empleo que la política suele hacer del deporte, ha sido en muchas ocasiones perjudicial para este.

“Si la política fuese una guerra, el cometido primero del analista sería explicar quienes componen los diferentes bandos (pues casi nunca hay dos), por qué luchan, como se organizan, que posibilidades tienen de ampliarse o reducirse sus filas, cuál es su relación con el (los) adversario(s), que procedimientos regulan el campo de batalla y que proyectos están en liza” (Errejón, 2011, 13).

Esta forma de análisis político de conflictos, tiene la virtud de separar las preferencias y compromisos de los procesos políticos, como dos conceptos distintos, aunque no siempre contrarios, pero que siempre son complementarios en política, para permitir un análisis riguroso y contrastable.

El objetivo de todo conflicto político, no es, como tradicionalmente se ha considerado, suprimir el conflicto, sino encauzarlo y someterlo a los principios normativos del orden social, para de esta manera, hacerlo compatible con la estabilidad de dicho orden. Y ello solo se puede lograr a través del propio conflicto, mediante el reconocimiento recíproco de los rivales como “enemigos justos” (Serrano, 1995)

Las instituciones públicas muestran en la actualidad una fuerte tendencia a interesarse por los temas deportivos, como una forma de controlar su desarrollo y su análisis político, no resulta excesivamente complicado, debido a que sus elementos constitutivos son fácilmente detectables.

Al mismo tiempo, el control público del deporte puede resultar molesto, pero “resulta inevitable desde el momento en que se le otorgan, bajo una forma u otra, los fondos de los contribuyentes, para su fomento y desarrollo” (Meynaud, 1976, 119). Aunque esta intervención de las instituciones públicas, implica en algunos momentos, una gran tendencia a poner el deporte al servicio de objetivos concretos de la política y sus ambiciones. Esa utilización política del deporte por parte de los Estados, no solo va dirigida hacia sus practicantes, sino en mayor medida a sus espectadores, que son mayor cantidad. En unas ocasiones, mediante la propaganda y en otras mediante éxitos en los resultados, que les reportan una serie de ventajas políticas, como: prestigio nacional, contribuir a la unidad nacional, anular u ocultar problemas de orden interno, etc.

Es posible preguntarse si los gobiernos que intentan emplear el deporte para tales fines, logran alcanzar siempre sus resultados y aunque resulta difícil establecer conclusiones objetivas a tal efecto, el análisis histórico demuestra que no siempre lo consiguen, a pesar de que el uso del deporte con fines políticos, puede llegar a modificar actitudes tradicionales, formando otras nuevas (Meynaud, 1976, 124).

La fraternidad en el deporte es uno de sus valores más utilizado, pero contemplando su evolución histórica y su realidad actual, resulta mera leyenda, puesto que lamentablemente, a través de él también se suscitan numerosos conflictos de todo orden, que a veces terminan en tragedias debido a su manipulación política. El efecto que los conflictos políticos ejercen sobre el deporte, puede ser una actitud de protesta ante un incidente concreto que no se espera poder solucionar por sí solo, o bien poder modificar una situación de conflicto. En el primer caso, es como un castigo moral que pudiera tener mayor repercusión por la actitud adoptada, y en el segundo, el deporte es empleado como un medio de presión que pretende manipular políticamente la situación. Sin embargo, casi todos los organismos deportivos están muy de acuerdo en que deben evitarse las injerencias políticas en el ámbito deportivo; pero es demasiado frecuente que el apoliticismo sirva para ocultar actividades políticas o ideológicas que no interesa poner de manifiesto.

El futuro pasa por la “diplomacia deportiva”, identificada por Sobrino (2014) como la utilización del deporte por parte de los gobiernos para incrementar el sentimiento de pertenencia de los ciudadanos, ayudar a zonas en apuros y mejorar las relaciones políticas y económicas entre países. Esta situación es consecuencia de la globalización y evidentemente muestra una perspectiva positivista del deporte como instrumento político. Pero esto no va en contra de que sea una iniciativa que busca un fin social de integración y diplomático

El deporte es actualmente una parte muy importante de la vida social de los ciudadanos y como tal, tiende a ser orientado en función de los intereses de la clase dominante. Muy a pesar de las numerosas voces que claman en su contra, como la del reconocido periodista deportivo Luis Carlos Peris que, con motivo del posible boicot a la Copa del Rey de España de Fútbol de 2018, afirmaba: “Esperemos que impere el sentido común para que Fútbol y Política no caminen de la mano” (Peris, 2018).

Dr. Juan Carlos Fernández Truan

Director M.H.D.